

La larga lista de mujeres escritoras

Cuántas veces habremos oído y leído que la presencia de la mujer en la Literatura es cosa más o menos reciente. Es decir, que no produjeron nada reseñable, y no lo hicieron muchas mujeres (la cantidad es siempre importante, en algunos temas tanto como la calidad de la obra), hasta época moderna... e incluso más acá. Suena Safo, nadie la niega, como a Hipatia; suena Hildegarda de Bingen, y pasa lo mismo; hay un nombre aquí y otro por allá, siempre desconectadas, solitarias, como si hubieran escrito cada una empezando de la nada, sin referentes femeninos, sin otras voces de su género que leer y escuchar y entender y compartir.

Clara Janés escribió hace diez años un ensayo, ahora publicado de nuevo por la colección El Ojo del Tiempo de Siruela, que vino a desmentir una teoría (y práctica en la enseñanza) que se ha demostrado incierta. Desde la antigua China hasta las trovadoras francesas, desde las mujeres arabigoandaluzas hasta las beguinas del centro y norte de Europa, ha habido autoras de sobra para llenar varios libros. Enumeremos algunas, ya que estamos.



Pero antes, pensemos que “si nos preguntáramos por el origen de lo que hoy llamamos Literatura, habría que recordar que antes de que se inventaran las letras existía ya una forma de expresión oral. Y si buscáramos su primer brote y cómo se produjo, probablemente hallaríamos que nació vinculado a la vida misma, acaso al hecho de darla y acogerla y, por ello, que surgió de labios femeninos”.

Parándose a pensar en la Literatura escrita, la primera parada es la hija del rey y sacerdotisa Enheduanna, como comienzos poéticos del Oriente Medio. En China y Corea, en distintos pe-



Siruela reedita el ensayo de Clara Janés *Guardar la casa y cerrar la boca*

riodos, Ts'ai Yen, Li Qingzhao, Wu Tsao, Li Bai, Du Fu, Su Dongpo, Hwang Chini, Songi, Yi Sang... En su contra, para tenerlas en cuenta en Occidente, que estaban muy lejos... y que de muchas de ellas no se sabe gran

cosa, más allá de que su condición de cortesanas hizo posible que fueran mujeres educadas en las artes de la escritura. Otra cosa curiosa, compartida entre Corea y Japón, fue que mientras que para los hombres se reserva-

ba el alfabeto (o los idiogramas) chino o hansi, estas escritoras empleaban el sijo, el alfabeto de las mujeres, el que se correspondía por completo con su lengua natal. Y así se expresaban de una manera más natural.

En Grecia y Roma, la mencionada Safo y también Corina, Cleobulina, Telesila, Mirtis, Praxila, Targelia, Aspasia y Diotima, Hiparquía (una de las primeras filósofas), Mero de Bizancio, Nossis de Locris. En la tradición arabigoandaluza, mujeres que cantaban al amor sin recato —con muchas imágenes diferentes para expresar el deseo—, como Muhya bint al-Tayyani o al-Qurtubiya, que escribían sátiras, poemas laudatorios o poesía sapiencial; el primer poema de esta corriente del que se tiene constancia es del siglo VIII, de Hassana al-Tamimiya, de Granada, pero están también los de Al-Gassaniyya, Wallada, Mut'a, Butayna (de la que queda un solo poema).

Sacerdotisas, cortesanas, princesas, trovadoras, guerreras, iluminadas, enamoradas. Fueron muchas, aunque en general no se las recuerde.

Elena Sierra

Identidades migrantes

Nora tiene veinticinco años, nació en Marruecos y, aunque le gustaría ser enfermera, malvive en uno de esos asentamientos —poblados chabolistas sin servicios— que crecen junto a los invernaderos almerienses. He aquí la huerta de Europa, cuyos productos producen una riqueza que no llega a manos de gente como ella.

Celia María (este podría ser el nombre real de tantas con su misma historia, pero en este caso es ficticio) llegó a España desde República Dominicana en los noventa, cuando aún era adolescente. Pronto comenzó a trabajar como empleada de hogar, una tarea que, tal y como indican las estadísticas, parece reservada a mujeres migrantes.

Margaryta Yakovenko cuenta una historia un poco diferente: su familia se trasladó de Ucrania a Murcia cuando ella era una niña y eso, que es muy bueno para muchas cosas (educación, vínculos en el nuevo hogar), significa que el día que quiso hacer memoria de su vida pasada... no pudo. La “falta de asideros para sostener” ese recuerdo puede convertirse en una sombra

sobre el presente de quienes han tenido que cambiar un país por otro, sea por la razón que sea. Yakovenko ahora es periodista y escritora y lo ha contado.

En el imaginario popular sobre las mujeres migrantes caben muchas etiquetas, ideas preconcebidas y relatos uniformizados, y también hay grandes huecos. Existe, además, la creencia de que las personas que migran, sean hombres o mujeres y procedan de donde procedan, tienen que sacrificar sus identidades para adaptarse a la del país al que se mudan. Así de sencillo.

llo. Hay muchas cuestiones, testimonios, realidades que no se computan; y no se quiere tener en cuenta que la puesta en común de identidades, ese roce, va a dar lugar a otras nuevas, a unas diferentes. El ensayo ganador del XXV Premio Miguel de Unamuno (2024), *Paradigmas migrantes. Experiencias y estéticas migratorias de mujeres* intenta arrojar un poco de luz, ayudar a ver más allá y tener en cuenta todo esto.

El libro ha sido publicado recientemente por Ediciones Beta III Milenio. En él, su autor, el profesor de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid Jorge Fernández Gonzalo, invita a ampliar el imaginario y cocrear el futuro... y eso solo puede hacerse abriendo el foco, poniendo la oreja y queriendo mirar. Hay que ir un poco en contra de lo establecido, claro, porque “el sistema-mundo globalizado no alberga el conjunto de experiencias culturales, afectivas o epistemológicas de nuestros días, pero sí genera horizontes



imaginarios a partir de los cuales es imposible concebir nada más allá”.

Atender a estos otros “islotos de experiencias” —que son muchísimos y que no suelen encontrar reflejo ni acomodo en lo que vendría a ser lo *mainstream*— es atender a una diversidad que existe aunque se quiera negar. El autor lanza preguntas como si es posible, a partir de las circunstancias vividas por las protagonistas de su estudio, elaborar nuevas formas de habitar, comprender y sentir el entorno, entablar nuevas y enriquecedoras relaciones con la alteridad, y hablar de una estética migrante que transforme nuestra percepción del mundo.

E. S.

